

# CONVIVENCIA CON EL COMUNISMO

**P**ara mí está claro: todo ciudadano que estime que el comunismo es malo, que es, como decía Pío XI, «intrínsecamente perverso», debe no sólo dejar de presentarlo y propagarlo, sino atajarlo y aún combatirlo. Y, por el contrario, todo aquél que encuentre que el comunismo es bueno debe promoverlo y afiliarse a él. Esta verdad que es obvia en el plano teórico o lógico es obligante en el orden práctico, mientras la conciencia moral sea el juicio próximo-práctico de nuestra inteligencia, y nuestra moral reflejo de nuestra razón, asistida o no por la fe. Y no hay transacciones, ni contempORIZACIONES, ni convivencias posibles con el comunismo, mientras entendemos que el comunismo es malo. Así lo entendían los prelados lombardos cuando estaban presididos por el arzobispo J.B. Montini (hoy Pablo VI), quejándose de la debilidad del anticomunismo de sus feligreses.

Sin embargo, Jaime Campmany, en «Informaciones», asume el absurdo, inconsecuente oficio de inquisidor de los inquisidores del comunismo y de sus presentadores en sociedad a quienes Trotski denominaba «tontos útiles». Está claro que si resulta hoy censurable el oficio de inquisidor, «a fortiori» lo será el de Campmany, inquisidor de inquisidores. Campmany censura, en efecto, a aquellos que tienen el derecho de censurar en público a un hombre público, por un acto público: el de manifestarse anticomunista al tiempo que se consuma un acto pro-comunista espontáneamente como prueba de credibilidad democrática o de reconciliación: el de presentar a Santiago Carrillo, para que exponga la mercancia del eurocomunismo a los oyentes del club Siglo XXI. Campmany no se queda en inquisidor de los que no digieren tamaña inconsecuencia, sino que trata de cohonestarla, en nombre de la convivencia.

Pero, claro está, la convivencia con Carrillo y con el comunismo, en modo alguno nos obliga a facilitar o promover el advenimiento a España

de un régimen comunista y el ascenso de Carrillo a la Presidencia del Estado o del Gobierno, secreta aspiración del dirigente máximo del PC Español.

La convivencia y la caridad pueden obligarnos a dialogar y a cooperar civil y profesionalmente con nuestros conciudadanos comunistas, pero no nos obligan a servir objetivamente los fines de una ideología, como la marxista, que es intrínsecamente perversa en teoría y en su praxis conocidas: ni la caridad ni la convivencia nos obligan a coadyuvar con el mal, antes al contrario.

Pero el problema suscitado por esta peripecia no es tan superficial y baladí como cree Campmany. Si bien se considera, el problema que plantea a un ciudadano que tenga fe cristiana, la mera coexistencia con un conciudadano que tenga fe marxista o fe liberal, consiste en dilucidar cómo es, en último término, cómo ha de organizarse esa convivencia desde los Poderes legislativo, ejecutivo, judicial, informativo, educativo, económico, militar, etc., si conforme a los principios y dogmas de la fe liberal, conforme a los postulados y praxis de la fe marxista, o conforme a los artículos y preceptos de la fe católica; es decir, cómo pueden cooperar al hacer un periódico o una Ley o un programa de gobierno o una labor educativa o una programación empresarial, un liberal, un católico y un comunista, etc., etc.

Y el caso es que cada uno de los tres creyentes en estas tres fes incompatibles se dice para su coeto o manifiesta públicamente: que toleren ellos; que se impongan mis reglas políticas de juego. Alguien, en efecto, tiene que tolerar el que no se organice la convivencia como él prefiere, a fin de que se organice la convivencia como prefiere alguno de los otros.

Pero sucede que el único que no puede ser tolerante, transigente, claudicante (objetiva y subjetivamente), el único que no puede renegar de su fe es el católico. En virtud

de su fe, el católico tiene hecho un pacto o compromiso con Dios, de acuerdo con el cual el católico se compromete a vivir privada y públicamente como Dios manda. En cambio, ni el liberal ni el marxista se sienten obligados moralmente, por nada ni por nadie. El marxista puede tomarse táctica, circunstancialmente liberal y el liberal puede devenir episódicamente marxista o claudicar ante el marxismo, ya por razones pragmáticas, ya por razones electorales, como pueden entrambos transigir con el católico, por razones civiles, de convivencia.

Así pues, como por razones de principio, el católico no puede renegar ni transigir, es a los liberales y a los marxistas y socialistas y agnósticos a quienes corresponde el transigir, el ser tolerantes, por civismo, como quieran convivir con los católicos.

Como San Pablo, escribiendo a los corintios, el católico que profunde en su fe ha de preguntarse: «¿Qué comunidad puede haber entre el fiel y el infiel, entre Cristo y Belial?»

Y el católico consecuente que no quiera retirarse al «ghetto» no encuentra otra respuesta que la siguiente: entre un católico y un infiel no puede haber otra comunidad o posibilidad de convivencia que la facultada por un Estado confesionalmente católico, único Estado en que el católico puede vivir católicamente, en un régimen de libertad religiosa.

En el Estado católico viven los liberales y los marxistas con más libertad que los católicos en un régimen liberal o marxista. Subjetiva y objetivamente, considerado el conjunto de las tres familias (católica, liberal y marxista), el mejor de los tres Estados posibles es el Estado católico. Por eso debe defender a toda costa el católico la organización de la convivencia civil según la concepción católica.

Eulogio RAMIREZ